

de arriba abajo con aires de satisfacción maternal. La doncella, desde la puerta del corredor, donde los pajarillos cantaban alegremente, me miraba con interés. Cuando yo volvía el rostro, ella fingía componer una planta que lucía en el pretil hermosos ramilletes de encendidas flores.

Ya en la puerta me gritó tía Pepa:

—¿A qué hora vuelves? Te esperamos á comer.....

Al fin de la calle me ocurrió regresar para ir á la casa del dómine. Angelina estaba en la ventana. Sin duda había salido á verme.

Al pasar la saludé. Díjele algo que la hizo sonreír.

¿Qué había en el rostro de la doncella que me trajo á la memoria la angelical figura de Matilde, la dulce niña de mi primer amor?



## VI

Villaverde es una ciudad de ocho mil habitantes. Situada entre los repliegues de una cordillera, en valle pintoresco y dilatado, circundada de risueñas colinas y de montes altísimos, Villaverde, como la isla de Calipso, goza de una constante primavera. No agostan calores estivales la mullida grama de sus dehesas, ni los vientos glaciales del Citlaltépetl marchitan la exuberante lozanía de sus florestas. Para ella no hay más que dos estaciones: la que engalana los campos con los dones de Abril, y la pluviosa que renueva los no empaldecidos verdores de las selvas y de las lanuras.

Allá por las últimas semanas de septiembre acaban las lluvias diarias y copiosas, los cielos se

despejan, y principia lo que suelen llamar los villaverdinos el *veranito de octubre*, frescos y hermosos días, cuyas alegres y lípidas mañanas y cuyos crepúsculos áureos y nacarados vienen á ser como la nota regocijada de la elegíaca sinfonía otoñal.

Después las brumas entristecen los paisajes, y con ellas, puntuales mensajeras del plañidero noviembre, llegan á las dehesas y se esparcen por laderas y rastros las flores amarillas.

Repentinamente, una mañanita, los campos aparecen como espolvoreados de oro de Tíbar, y los picachos y las cumbres se envuelven en gasas cenicientas.

Así durante los meses invernales. A fines de febrero las nieblas se remontan, y se van, para que las montañas luzcan sus nuevos trajes, el vistoso atavío con que se engalanan los árboles al advenimiento de la primavera, la cual se acerca precedida de arrasantes huracanados vientos, que se llevan las frondas caducas, siegan las ramas muertas, hinchán con su hálito vivífico yemas y brotes, y aceleran el desarrollo de los capullos.

Estos vientos huracanados recorren los valles, bajan al fondo de las hondonadas, barren las lla-

nuras é inundan de mil aromas la ciudad: olores de líquenes y musgos, esencia de azahar, suave fragancia de liquidámbar y de mil flores campesinas.

Id entonces al Escobillar, subid á la cercana colina, y gozaréis del más hermoso panorama; trepad á lo más alto, y tendréis ocasión de admirar la fecunda vega del Pedregoso, celebrada mil y mil veces por los poetas de Villaverde, y cantada en exámetros latinos y en lirás arcáicas por el *pompostsimo Cicerón*.

Imaginaos una llanura siempre verde, limitada en todas direcciones por obscuras montañas y risueños collados. El tono subido de los bosques hace resaltar el tinte alegre de los prados y de los campos de caña sacarina.

El Pedregoso, gárrulo y cantante en las quebradas, sesgo y cerúleo en los planíos, corta en dos partes la ciudad. Sinuoso aquí, recto allá, corre como una serpiente hacia la barranca de Mata-Espesa, libre de arboledas en algunos sitios, oculto en otros por las alamedas y los naranjales.

Desde lo más alto de la colina del Escobillar vereis la ciudad como un juego de dominó esparcido en un tapete verde, cortada por la cinta pla-

teada del río á cuyas márgenes se agolpan case-  
rones y templos.

¡Singular alegría la de aquel valle! ¡Espléndido  
panorama el de aquel paisaje en que se mezclan  
y confunden la serenidades de la tierra fría con  
la vegetación abrumadora de las regiones cálidas!  
Pero ¡ay! no busquéis en los habitantes de  
Villaverde una alegría placentera, como pudiérais  
esperarla, en armonía con la naturaleza; no bus-  
quéis allí caracteres regocijados, espíritus afables  
y risueños. Villaverde es la ciudad de los espíri-  
tus desalentados y melancólicos; es la ciudad de  
las *almas tristes*.

¿Cosa del clima? No; porque ciudades de la  
misma región y de naturaleza idéntica son anima-  
das, alegres, festivas, *jucundas*, como decía el  
*pomposísimo Cicerón*. Los villaverdinos son de  
semblante triste, y en sus labios tiene la risa dol-  
lorosa expresión, como en gentes contrariadas y  
pesimistas. Se me antojan prematuramente en-  
vejecidos; séres desventurados para los cuales  
murió en crisálida la mariposa azul de las juveni-  
les esperanzas.

Esta tristeza de las almas, en contraste con el  
risueño aspecto de los campos, trasciende á to-  
do: á los edificios, á las calles, á los trajes, á las

personas, á su trato, á sus maneras y á su len-  
guaje.

Los villaverdinos no se entusiasman por nada;  
hay en su vida algo—ó mucho—de la inmovili-  
dad budística, sólo comparable con esas lagunas  
adormecidas, en cuyas aguas, eternamente limpi-  
das y serenas, se retratan como en espejo clarí-  
simo las copas de los árboles, los pompones de  
la enea y la obscuridad de las cercanas espesuras;  
lagunas perdidas en lo más recóndito de los bos-  
ques, muertas, heladas, sin peces ni ovas, que  
cualquiera creería de cristal, que no se estreme-  
cen al beso de la luz meridiana, cuyo reposo no  
turban cefirillos jugueteros ni huracanes bravíos.

Son los villaverdinos un tesoro de virtudes. En  
su mirada se transparentan la mansedumbre y la  
benevolencia; es en ellos ingente la piedad, y al  
par de ésta sobresale la resignación. Pero el sen-  
timiento religioso no es en las almas villaverdinas  
plácido y activo, sino, por lo contrario, lúgubre,  
apocado, meticuloso. La abnegación y la cari-  
dad, las grandes virtudes del cristiano, fuente de  
alegría en todas partes, en Villaverde, aunque es-  
pontáneas, tienen algo que en ocasiones causa  
disgusto y repugnancia.

De todo recelan los villaverdinos; á nadie con-

teada del río á cuyas márgenes se agolpan case-  
rones y templos.

¡Singular alegría la de aquel valle! ¡Espléndido  
panorama el de aquel paisaje en que se mezclan  
y confunden la serenidades de la tierra fría con  
la vegetación abrumadora de las regiones cálidas!  
Pero ¡ay! no busquéis en los habitantes de  
Villaverde una alegría placentera, como podríais  
esperarla, en armonía con la naturaleza; no bus-  
quéis allí caracteres regocijados, espíritus afables  
y risueños. Villaverde es la ciudad de los espíri-  
tus desalentados y melancólicos; es la ciudad de  
las *almas tristes*.

¿Cosa del clima? No; porque ciudades de la  
misma región y de naturaleza idéntica son anima-  
das, alegres, festivas, *jucundas*, como decía el  
*pomposísimo Cicerón*. Los villaverdinos son de  
semblante triste, y en sus labios tiene la risa do-  
lorosa expresión, como en gentes contrariadas y  
pesimistas. Se me antojan prematuramente en-  
vejecidos; seres desventurados para los cuales  
murió en crisálida la mariposa azul de las juveni-  
les esperanzas.

Esta tristeza de las almas, en contraste con el  
risueño aspecto de los campos, trasciende á to-  
do: á los edificios, á las calles, á los trajes, á las

personas, á su trato, á sus maneras y á su len-  
guaje.

Los villaverdinos no se entusiasman por nada;  
hay en su vida algo—ó mucho—de la inmovili-  
dad budística, sólo comparable con esas lagunas  
adormecidas, en cuyas aguas, eternamente límpi-  
das y serenas, se retratan como en espejo clarí-  
simo las copas de los árboles, los pompones de  
la enea y la obscuridad de las cercanas espesuras;  
lagunas perdidas en lo más recóndito de los bos-  
ques, muertas, heladas, sin peces ni ovas, que  
cuquiera creería de cristal, que no se estreme-  
cen al beso de la luz meridiana, cuyo reposo no  
turban cefirillos jugueteros ni huracanes bravíos.

Son los villaverdinos un tesoro de virtudes. En  
su mirada se transparentan la mansedumbre y la  
benevolencia; es en ellos ingente la piedad, y al  
par de ésta sobresale la resignación. Pero el sen-  
timiento religioso no es en las almas villaverdinas  
plácido y activo, sino, por lo contrario, lúgubre,  
apocado, meticuloso. La abnegación y la cari-  
dad, las grandes virtudes del cristiano, fuente de  
alegría en todas partes, en Villaverde, aunque es-  
pontáneas, tienen algo que en ocasiones causa  
disgusto y repugnancia.

De todo recelan los villaverdinos; á nadie con-

ceden su confianza; todo se lo temen de los extraños, tanto lo malo como lo bueno; nada les place; todo lo censuran; á nada se atreven por miedo á los demás; viven con el día y nunca piensan en lo venidero.

De aquí que no prosperen ni adelanten; de aquí su mezquindad y su pobreza vergonzantes. Son una especie de *cristianos fatalistas*. Lo que ha de suceder, sucederá, y no sucederá de otra manera. Por eso no medran ni progresan; por eso lo malo se perpetúa y reina soberano en Villaverde; por eso los alcaldes son allí eternos, y las bodas muy raras; y por eso allí nada cambia ni varía. Villaverde es una ciudad en petrificación. Pueblo por excelencia agrícola, mira cultivados sus campos como hace cien años, rinde los mismos productos, cosecha los mismos frutos, y gasta y consume hoy lo mismo que gastaba y consumía hace veinte lustros.

Las casas como cortadas por el mismo patrón; los trajes iguales; las caras parecidas; unisonas las voces. Los varones, agrios, displicentes, huraños, sombríos; las mujeres, tímidas, asustadizas, amables, pero con amabilidad monjil. La vida como las cosas y las personas.

Pero en medio de esta rara inmovilidad, secreta

y silenciosa como la sorda y lenta labor de la polla, una guerra sin treguas ni victorias, una guerra de pasiones bajas, rastreras y mezquinas, ruines y dolosas, en que todo bicho viviente toma participación; los unos capitaneados por la envidia, los otros acaudillados por la codicia, todos azuzados por la murmuración y agujoneados por la maledicencia de los que se dicen ajenos á toda rencilla y enemigos de chismes y rencores.

En Villaverde se murmura de todos y de todo; se averigua qué hacen, y en qué se ocupan los demás; se lleva cuenta y razón de los actos de cada vecino; nadie ignora hasta lo más secreto de la vida de los otros, y quien vive más alejado de los mentideros—que los hay á docenas, en boticas y tiendas de ultramarinos—pudiera inventariar de memoria las ropas de quienes no pisan los umbrales de su casa más que por Corpus y San Juan.

Puede afirmarse que todo villaverdino, al meterse en la cama por la noche, sabe de cualquiera de sus paisanos cuántas cucharadas de sopa se engulló ese día, así se trate del vecino más conspicuo como del bracero más humilde.

Villaverde no pasará nunca de perico perro. ¡Qué ha de pasar! Si á sus hijos todo los alarma;

todo paso adelante ó atrás los inquieta, y ni por la gloria celestial,—que es cuanto hay que ofrecer,—fijarían un clavo fuera del sitio en que le fijaron sus abuelos.

Me diréis:—¿Y los extranjeros? ¿Y los que de fuera vienen, no dan á esa ciudad en petrificación ideas nuevas, nuevas costumbres, savia de vigor que transfundida en ese organismo le rejuvenezca y reviva? ¡Ay! No; el extranjero se aviene pronto al medio. Enriquece en pocos años, explotando á los villaverdinos, y se va á gozar á otra parte de los duros atesorados. Algunos, pocos, lo hacen así; los más, á los dos ó tres años de haber llegado, son ya unos villaverdinos completos, ni más ni menos que si allí hubieran nacido; como si de rapaces hubiesen guerreado en homéricas pedreas al pie del cerro del Cristo, en pro ó en contra de la Escuela del Cura; como si hubieran *salado* en las dehesas del Escobillar, y aprendido latines en los bancos del *pomposísimo Cicerón*. A poco en nada difieren de mis paisanos; reunen los cuatro reales, se prendan de alguna villaverdina modesta, hacendosa y pacata,—que las hay lindas como una rosa y buenas como el pan de gloria,—y... *lasciate ogni speranza voi che entrate!*

La belleza del paisaje, la dulzura del clima y la tranquilidad de la población seducen á quien pone los pies en Villaverde; la budística ciudad extiende sus redes misteriosas, y ¡presa segura!

De cierto que los villaverdinos no son localistas, á lo menos de un modo común y corriente, de modo que choca, como los hijos de una ciudad vecina. En su localismo se advierte una originalidad digna de ser apuntada. Alardean de recibir bien al extraño; pocas veces alaban y ponderan las cosas de la tierra, antes por el contrario las apocan y menosprecian; miran con indiferencia cuanto hay en la ciudad: la belleza de los campos y la hermosura de las mujeres; critican acerbamente cuanto tienen; fingen que nada de otras partes les sorprende; y podéis, con toda libertad, hacer trizas cualquiera cosa de la tierra en presencia de un villaverdino, seguros de que no dirá nada en contrario, antes bien, acentuará la nota burlesca. Pero si observáis con detenimiento á mis paisanos no tardaréis en descubrir que viven pagados y enorgullecidos de sus cosas; que para ellos no hay otras como las suyas, y que no las quieren distintas porque creen, de buena fe, que no las hay mejores.

De lo que sí no hacen misterio, de lo que se muestran francamente satisfechos, es de la ingénita lealtad que atribuye á los villaverdinos la leyenda de su viejo blasón. Muéstranse merecedores de cuantas lindezas les dice el mote; prodigan en todas partes la heráldica presea, en edificios, sellos, telones, marcas de tabacos y botellas de cerveza; repiten la empresa en inscripciones castellanas y latinas, en discursos, en documentos oficiales, en periódicos,—que también tiene periódicos Villaverde—y hasta en los sermones sale á relucir el famoso lema, concedido á mi querida ciudad natal por la Muy Católica Majestad del Rey Don Felipe IV. Fuera el consabido lema poderoso estímulo para mis paisanos, si éstos entendieran las cosas á derechas, pero Villaverde es la tierra de las ideas falsas, y el mote lisonjero de su blasón sólo sirve para que los villaverdinos vivan estacionarios y no suelten los andadores para entrar, libres y decididos, por los amplios caminos de la vida moderna.

“*En Villaverde*—dicen sushijos—*no se hace política.*” Y sí se hace, pero por debajo cuerda, á la callandita, de modo vergonzante, sin riesgos ni peligros, sin temor de verse derrotados y blanco de odios, rencores y venganzas. Y como por bue-

nos que sean los diestros que están en el tendido, si los lidiadores son malos, mala resultará la corrida; para los buenos villaverdinos no hay chupá que les venga, ni capote que les salga á gusto. Así no consiguen nunca lo que desean y viven condenados al perpetuo alcaldazgo de don Basilio, conspicuo villaverdino, reflexivo y listo, que intriga más de lo que parece y que sabe más de lo que suponen sus paisanos.

Estos son muy celosos de sus glorias y admiradores fidelísimos de sus hombres ilustres. No son los tales muchos, ni muy conocidos, pero los villaverdinos traen á cuento sus nombres, en toda ocasión, vengán ó no vengán al caso.

Dos son los principales. El uno, general victorioso en no sé qué batallas, que la Historia olvidadiza habrá registrado en sus páginas inmortales, antiguo cosechero de tabaco, hombre nullo, cuya habilidad consistió en rodearse de media docena de ambiciosos villaverdinos, los cuales le encumbraron, á fuerza de charlatanismo y demasías, hasta donde propios méritos y altas dotes de inteligencia nunca le hubieran elevado. El general cayó pronto del encumbrado puesto, y acabó sus días, triste y descorazonado Cincinnati, en miserable ranchejo, cuidando de unas cuan-

tas vacas tísicas y estériles. En aquel retiro fué hasta el último día dechado de patriotas, modelo de firmeza política, y allí murió, como Napoleón, de una enfermedad hepática, despreciando á los villaverdinos, y burlándose de sus antiguos partidarios,—á quienes atribuía el fracaso que le echó por tierra,—y siendo objeto de la incondicional admiración de todos sus paisanos.

*Para que tan ilustre nombre pasase á los pósteros,*—así lo dijo en cabildo pleno el *pomposísimo Cicerón*,—el apellido *ilustre* del general fué aplicado á todo establecimiento público, escuela, teatro, hospital, paseo, etc., etc.

Una lápida conmemorativa,—los villaverdinos se perecen por la epigrafía,—señala al viajero la casa en que nació el grande hombre. La *Escuela Nacional* se llamó: *Escuela Pancracio de la Vega*; el hospital: *Hospital Pancracio de la Vega*; el teatro,—un teatrillo en proyecto, nunca concluido y frecuentemente visitado por volatines y comicotes,—*Gran Teatro Vega*, y así lo demás.

La otra gloria villaverdina fué un buen clérigo que nunca se acordó de su pueblo natal; un sacerdote austero, sencillo y trabajador, gran teólogo,—al decir de don Román López—que llegó á canónigo angelopolitano, y después á obis-

po, honor á que nunca aspiraron los villaverdinos; que nunca pensaron alcanzar, y que los llenó de alegría. ¡Obispo un hijo de Villaverde! ¡Cielos! ¡Qué dicha! Desde entonces sueñan mis paisanos con que Villaverde llegue á ciudad episcopal. Y lo será; sí, señores, lo será. Eso, y más, se merecen sus piadosos hijos.

No digáis en Villaverde que no tiene grandes hombres; no lo digáis, por vida vuestra, porque luego os replicarán mis paisanos, así sean jornaleros, ó abogados, ó médicos, ó propietarios vuestros interlocutores:—“¿Y el Señor General Don Pancracio de la Vega? ¿Y el Ilmo. y Reverendísimo Señor Don Pablo Ortiz y Santa Cruz, Obispo *in partibus* de Malvaria?” . . . . Si está presente el *pomposísimo* os dirá:—“¿El General de la Vega? ¡Gran político! ¡El Mecenaz de todos los poetas veracruzanos! ¿Mi maestro el Ilmo. señor Obispo de Malvaria? ¡Gran teólogo! Amigo, amigo . . . . ¡no hay que darle vueltas! ¡El Melchor Cano de Villaverde!”

Mi querida ciudad natal es pobre, *paupérrima*, como decía don Román. Una agricultura descuidada es para ella la única fuente de riqueza, gracias á las lluvias, que allí, como en Pluviosilla, no escasean. El suelo es fértil, pero le falta riego.

El Pedregoso con su cauce hondísimo no basta para las necesidades de la tierra.

A la pobreza debemos atribuir la indiferencia de los caracteres y la tristeza de las almas. En Villaverde nada se desea, y á nada se aspira; todos están contentos con su suerte. El porvenir es obscuro, y anhelarle risueño sería una locura. El alcalde perpetuo, don Basilio, dice, cuando de esto se trata: que en esa falta de aspiraciones está la dicha de Villaverde y la felicidad de sus gobernados. Él vive muy satisfecho. Con el producto de seis ú ocho solares y de un rancho cafetero le basta y sobra para vestir á la señora alcaldesa, y á su hijo, un muchacho idiota hinchado de vanidad.

En Villaverde se trabaja poco, lo suficiente para comer, no andar desnudo, pasar el día, y ¡santas pascuas! Quien se excediese en el trabajo sería un tonto de capirote. No por eso ganaría más. Así dejara el alma en la tarea no se guardaría en el bolsillo, ni zochocaría para el arcón media docena de duros. En Villaverde se gana poco, y la vida es cara. Los méritos de un servidor, de un empleado, son mayores y más estimados cuando gana poco. Aquello parece una escuela de franciscana pobreza, una hermandad

de miseria voluntaria. En Villaverde nadie paga, ni aunque le ahorquen, más de lo que pagaron sus abuelos, allá en los tiempos felices del estanco del tabaco, época venturosa para mi querida ciudad, lo mismo que para Pluviosilla, su vecina afortunada y próspera.

Pero me diréis:—“¿Y esas haciendas, esas fincas, que, como Santa Clara y Mata-Espesa, levantan prodigiosas cosechas? ¿Santa Clara, Mata-Espesa, dijistéis? Pues queda dicho todo. En ella cifran los de Villaverde prosperidad y bienestar.

*El pomposísimo Cicerón*, en sus días de murria, cuando no tenía un real, y se olvidaba de los grandes autores del siglo de Augusto, y renegaba de Villaverde, y no se le daba un ardite la susodicha empresa del glorioso blasón, me decía de sus paisanos:

—¡Unos verónicos! ¡Unos verónicos! ¡Ni buenos ni malos! Para ellos. . . . ¡ni pena ni gloria!

Y añadía, mesándose el copete ralo y encanecido:

—¡Está en la sangre! ¡En la sangre!





## VII

¡El aire de la tierra natal! ¡Qué grato y qué fresco esa mañana! El sol inundaba el valle y dibujaba en los muros de las vetustas casas la sombra ondulada de los aleros. De las húmedas montañas, bañadas la vispera por copiosa lluvia, soplaban un vientecillo halagador y perfumado. Seguí hasta las afueras de la ciudad, á fin de gozar, siquiera fuese por breves horas, del magnífico panorama que se extendía delante de mí: variado lomerío, dilatada llanura, espesas arboledas que dan pintoresco fondo á la capilla de San Antonio, una iglesita que tiene aspecto de melindrosa vejezuela. Faldeando la colina va el camino de la sierra, desde allí quebrado y pedregoso. Por ahí subían lentamente unos arrieros, silban-

do una canción popular, arreando á unos cuantos asnillos enclenques cargados de loza arribeña ollas y cazuelas vidriadas que centelleaban con el sol. Un rancharo, jinete en parda mula, venía por el llano, y allá, cerca de las vertientes de Escobillar, trazaban las yuntas surcos profundos en la tierra negra y vigorosa. Los gañanes las seguían paso á paso, guiando el arado, muy enhiesta la crinada pica. ¡Qué benéfico el aire de las montañas! Insufla en los pulmones vida nueva, acelera la sangre y comunica á las almas dulcísima alegría. ¡Cómo suspiré, durante diez años en las soledades del Colegio, por aquellos sitios y por aquel espectáculo! ¡Cómo, mil y mil veces á la hora de la siesta, desde el balconcillo de dormitorio, ante la colina poblada de cactus, cansado de las arideces del Valle de México, soñé despierto con la húmeda belleza de la tierra natal!

No puedo olvidar aquellos tristes días. Jueves y domingos salíamos de paseo, á lo largo del fangoso río, cuyas aguas parecían dormidas á la sombra de los sauces piramidales. Allí, cerca de una hacienda, frente por frente de una aldea salinera, entré cuyos montículos estériles yerguen una pobre palma, misera desterrada de fecundo

suelo, su empolvado penacho, había un sitio que hasta en lo más crudo del invierno hacía gala de sus hierbajes verdes. Era mi sitio predilecto. Mientras la turba estudiantil iba y venía buscando nidos en los árboles, ó, vigilada por el Padre Rector, jugaba al salta-cabrillas, yo me tendía en la hierba, y dejaba que mi pensamiento volara más allá de la populosa ciudad, más allá del obscuro lago de Texcoco. Y volaba, volaba, trantomaba los volcanes, y seguía, á través de bosques y espesuras, en busca de regiones amadas, de rostros amigos, de voces cariñosas. Entonces, el paisaje que yo tenía delante se iba borrando poco á poco: el suelo pajizo; la acequia fangosa; la llanura inundada; los chopos cenicientos del camino polvoso, siempre lleno de viandantes; las hileras de sauces melancólicos; la ciudad lejana, turrída, envuelta en pesados vapores; la aldea salinera, situada como en un islote; la remota cordillera de Ajusco y los picachos de la Cruz del Marqués. Bañados en la luz de brillante crepúsculo, surgían ante mis ojos valles y colinas, llanuras y dehesas, bosques y heredades, en donde la rica vegetación de las tierras cálidas desplegaba su frondosidad incomparable. El Citlaltépetl, corona espléndida de

las serranías, aparecía bañado en rosada luz, como si le iluminaran los fuegos de la aurora. Tornaba yo á la casa de mis padres. Villaverde me convidaba á recorrer sus calles desiertas, y el acento tierno y conmovido de los míos resonaba en mis oídos regocijado y amante.

De aquel ensueño me sacaba la voz del Recitor ó el toque de *Angelus* en la cercana Catedral. Honda tristeza se apoderaba de mi espíritu, y lento, retrasado, perezoso, volvía yo al colegio, entregado á la subyugadora melancolía que despierta en los jóvenes el espectáculo siempre nuevo de la tarde moribunda, de la llegada de la noche. Dulce nostalgia; anhelo de algo sublime; grato sentimiento de muerte, que alivia, consueta, y eleva las almas hacia la bóveda celeste, ya entenebrecida y salpicada de luceros.

El sueño de aquellos días de largo destierro, la ilusión de aquellas tardes invernales, era una realidad. Estaba yo en Villaverde.

¿Adonde iría yo? ¿En busca de los amigos de mis primeros años? Acaso me recibirían indiferentes y fríos. Regresé por donde había venido, y al azar, sin darme cuenta de lo que hacía, me interné en la ciudad, por las calles céntricas, camino de la plaza. Me detuve en el puente. El

Pedregoso, el gárrulo Pedregoso corría, como siempre, límpido y parlero; como le ví tantas veces cuando era yo niño: espumoso al tropezar con una roca; cerúleo y adormecido en sus pozas umbrías, bajo el dosel de los álamos, queriendo arrastrar á su paso las espiras lánguidas de los convólulos perennes.

Buscaba yo rostros conocidos, y muchos ví, pero empalidecidos, como fotografías borradas. Todas las gentes me miraban curiosas, como si quisieran reconocerme, para llamarme por mi nombre. Temerosas de un chasco no se atrevían á hablarme, y se daban por satisfechas con verme de pies á cabeza y examinar mi traje de cortesano. Me pareció que unas á otras se preguntaban al verme:

—¿Quién es éste? ¿A qué vendrá?

¡Pobre de mí que había soñado con un recibimiento caluroso! Todos me conocían, me vieron crecer y me tuteaban. . . . Me detuve en un tenducho, y pregunté por don Román López. El tendero salió á la puerta, y señalándome una casa me dijo:

—Allí, joven, allí! . . . En aquella casa pintada de amarillo! El ruido de los muchachos le dirá dónde! Allí está la escuela!

¿Y si mi buen maestro, si el *pomposísimo* no me recibía cariñosamente? Eché calle arriba, y llamé á la puerta de la *Casa de Estudios*. Así solía decir el dómine. No gustaba de que su *establecimiento* fuese equiparado ni con la *Escuela del Cura*, ni con la *Escuela Nacional*.

Un chico abrió la puerta. Un muchacho jetudo, de cabello erizado y ojos lacrimosos. Había tormenta. Alguna tempestad producida por un concertado gallego ó por alguna oración de infinito revesada y de tres bemoles.

El granuja sonrió al mirarme, viendo en mi el iris de la suspirada bonanza.

—¡Pase usted!—me dijo.

—¿El señor maestro?.....

—¡Pase usted!

Y me colé por la puertecilla del cancel.

Ruido de la chiquillería que se ponía en pie.

Movimiento de sorpresa en el dómine....

—¡Silencio!—exclamó, levantándose y subiéndose á la frente las antiparras. Y dirigiéndose á mí:

—¡Adelante, caballero!

Dejó el libro en la mesa, un horacio antiquísimo, y vino paso á paso á recibirme.

## VIII

Atravesó el dómine por entre la doble hilera de bancos, diciendo á los chicos que tomaran asiento. Los muchachos le obedecieron cuchicheando. Se felicitaban, sin duda, de mi llegada. Don Román vestía su eterno traje, su traje típico: pantalones anchos; larga levita negra, verduzca y mugrienta; chaleco blanco, pringado de rapé en las solapas; el cuello de la camisa altísimo, arrugado, sin almidón; ancho y apretado corbatín. Así le conocí cuando era yo niño, cuando mis buenas tías me confiaron á la férula resonante de aquel buen anciano, maestro de dos ó tres generaciones de villaverdinos. Esto de la férula no es figura retórica; el *pomposísimo* la tenía, y muy sólida, de perdurable zapotillo, ennegrecida

por el uso. Verdugo diligente é implacable, dispuesto á vengar en las manos infantiles el menor desmán, cualquiera osadía contra los poetas de siglo de Augusto, don Román no se andaba con chicas, ni tenía piedad; quien la hacía la pagaba, así fuera el hijo del alcalde.

Don Román se detuvo á dos pasos de mí. Me vió atentamente, y componiéndose los anteojos me preguntó en tono de notario aburrido.

—¿Qué mandaba usted?

No tardó en reconocermé, y abriendo los brazos exclamó:

—¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¿Tú por aquí? Ya sabía yo que de un día á otro llegarías. . . . ¡Bendito sea Dios! ¡Y qué crecido estás! ¡Alabado sea el Señor que me concede verte hecho un varoncito, un lechugino de lo más guapo! Y. . . . ante todo, ¡ya lo sé! ¡ya lo sé! Como siempre estoy preguntando por tí. Ya sé que has salido muy aprovechado. . . No como estos asnillos que para nada sirven. Ni uno solo de estos bribones sacará buey de barranco.

El pobre anciano, loco de alegría, se complacía en mirarme, y me abrazaba, y pasaba por mis mejillas sus manos larguiluchas y exangües.

—Pasa, muchacho; vamos á la sala. . . Tengo

muchas ganas de platicar contigo. ¿Y tus tías? Como siempre ¿no es eso? Las pobrecillas siempre afligidas y achacosas. . . . A toda hora pensando en el sobrinito, en el sobrinito mimado. ¡Quiérelas mucho, Rodolfo! Por tí. . . ¡hacen milagros! . . . Pero, ¡qué tengo que decirte, cuando eres tan bueno y tan noblote! Pasa, muchachito, pasa!

Decía esto acariciándome é impulsándome hacia adelante, entre la doble hilera de bancas. Los chicos abrían tamaños ojos para verme, como sorprendidos de la rara dulzura de su maestro. Cerca de la mesa se detuvo don Román, volvióse hacia la chiquillería, y prorrumpió solemnemente, en tono de sermón:

—Éste, éste que ven ustedes, es uno de mis discípulos más queridos. Muchas veces, muchas, os he hablado de él. Es inteligente, bueno, estudioso. . . . Tomadle por modelo. Éste sí que no me daba, como ustedes, tantos disgustos; éste sí que no hacía concordancias gallegas, y se sabía al dedillo los pretéritos, y entendía, como un maestro, al dulce Virgilio, al conciso Tácito, y al asiático y pomposísimo Cicerón.

Ya me lo esperaba yo. Milagro que no acabó

el discurso con algún exámetro oportuno. Los chicos, al oír el consabido epíteto, sonrieron maliciosamente, señal de que el apodo puesto al maestro por nosotros, diez años antes, seguía en uso. Los bribonzuelos reían y se miraban unos á otros con caritas de diablillos regocijados.

—Vamos:—prosiguió—os doy la mañana, á fin de que celebréis la llegada de mi discípulo muy amado. Pero, oídme: nadie se irá hasta que suenen las doce. Quedaos aquí, sin cometer faltas. El mejor día volverá este joven, y os examinará, y ya veremos, ya veremos cuáles son vuestros adelantos en la hermosa lengua latina.

Don Román levantó la cabeza y agregó:

—Tú, Pancho Martínez. . . .

Un mozuelo trigueño, vivaracho, de simpático aspecto, salió al frente.

Mientras el niño acudía al llamado de su maestro eché una ojeada por el salón. En nada había variado. Los mismos muebles, los mismos objetos; las papeleras manchadas de tinta, con letreros en las tapas, grabados á punta de cortaplumas; el pizarrón, el mismo pizarrón de otro tiempo, en su caballete verde; la mesa del domine ocupada por los mismos libros, todos muy bien colocados. Allí estaba la campanilla, con el

mango roto, y el tintero circundado de plumas de ave,—don Román no usaba de otras,—y al lado la palmeta de zapotillo. En las paredes, ennegrecidas y desconchadas, dos ó tres mapas amarillentos; arriba del sillón magistral, muy pulido y resobado, la Virgen de Guadalupe, la patrona de la escuela; delante de la imagen una lamparita, un vaso azul lleno de aceite oscuro, en el cual sobrenadaba una mariposilla moribunda.

No bien entramos en la salita se oyó el vocerío de la turba escolar, festiva, retozona. Ruidos, carcajadas, estrépito de libros cerrados de golpe, las mil y mil voces, francas y alegres, de la dichosa libertad infantil.

El anciano retrocedió colérico. Abrió la puerta; por ella se precipitó desbordado, recordándose felices años, un torrente de ingenuas carcajadas. Don Román, severo é irascible, dictó nuevas órdenes, amenazó con duros castigos, y luego, haciendo un gesto de dolor, pronto borrado por una expresión resignada de tristeza, vino al estrado.

—Siéntate, siéntate aquí, en este sillón. ¡Qué gusto me da verte! Cuando te fuiste creí que no me volverías á ver. . . . Estoy ya muy viejo. ¿No me ves? En Febrero cumpliré los setenta y dos.

Los achaques me tienen triste y desmazelado. Tú consideras todo esto, ¿no es verdad? ¡Viejo, enfermo, solo y pobre! ¿No te parece cosa triste, cosa que parte el alma, esta situación mía después de haber trabajado tanto? Todos ustedes se van logrando. Tengo discípulos en toda clase de oficios y profesiones. Unos, en altos puestos de la política, los que fueron más desaplicados, (muchos no pasaron del *quis vel quid*); otros en la Iglesia, (dos me han dado ya la comunión); otros, médicos, y buenos médicos; otros abogados; otros, como tú, en camino de ser gente de provecho!

A decir verdad, nunca valí gran cosa ni por la conducta ni por la aplicación; de seguro que pocos estudiantes dieron más guerra que yo al *pomposísimo* maestro. Pero tal era de bondadoso el señor don Román. Cuando estaban en sus bancos, todos eran flojos, incapaces, asnillos; luego, con excepción de aquellos por extremo perdularios, todos resultaban excelentes, cumplidos, aprovechados.

Pero es lo cierto que don Román me quiso siempre como á un hijo; que me trató con suma benevolencia; que pocas veces sintieron mis manos los golpes de su férula, y que el buen ancia-

no, no obstante su pobreza, me dió lecciones durante dos años, sin exigir de mis tías extipendio alguno.

Me apenó ver á mi maestro tan triste y abatido, cuando estaba tan cerca del sepulcro. Hubiera yo deseado ser rico, riquísimo, para ampararle contra la miseria, darle cuanto quisiera, y comprar para él, si tal cosa fuese posible, salud y mocedad.

—¿Te he dicho que estoy pobre? Pues estoy más pobre de lo que tú puedas imaginártelo. Tengo pocos discípulos. ¡Ya viste cuántos! Sólo faltaron dos; unos bribones que se van á salar todos los días; unos pícaros que no tienen remedio. ¡Qué hemos de hacer! Hijo mío, nadie quiere que sus hijos aprendan el latín. ¡Tú dirás! ¡El latín que es la llave de las ciencias! Ni latín, ni otras cosas; todo lo que puedo enseñar, todo lo que sé, cuanto aprendiste aquí! Dicen que estoy atrasado; que mi manera de enseñar es *anacrónica*, ¿has oído? *anacrónica*? Eso lo dicen los pedantes de hoy en día; y todo porque mascullan el francés. Eso dicen los que aquí aprendieron todo lo que saben, y que ahora no quieren confesar que me lo deben todo. Dicen que ya no sirvo para nada. . . . ¿Para nada? Pues á que

no se ponen delante de mí, y abren el Tácito, ó el Terencio, y traducen el pasaje que yo les señale? Pero eso sí, sin que se ayuden de versiones francesas! . . . Oye: lo que más me duele, lo que me llega á lo más vivo, lo que me desgarrar el corazón, lo que siento aquí, como la hoja de un puñal, es que dicen. . . . —El pobre anciano quería llorar; el rostro se le contraía dolorosamente, su voz se iba poniendo trémula, en sus ojos asomaba una lágrima,—dicen. . . —hizo un esfuerzo y acabó—¡que estoy chocho!

Me partía el corazón ver al pobre anciano. Lloraba como un chiquillo. Deseoso de alivio y de consuelo, vejado por la maldad y la ingratitude, abría su alma, sencilla y llena de dolores, á un pobre muchacho que años antes fué su discípulo y del cual esperaba frases compasivas, palabras cariñosas.

—Y como dicen que estoy chocho, y como andan repitiendo eso por todas partes, me faltan discípulos, y faltándome discípulos me falta trabajo; y sin trabajo, como tú lo comprenderás, me falta dinero. ¡No hay remedio! Me moriré de hambre, y me enterrarán de limosna. Diez ó doce discípulos, que pagan poco, ¡y es cuánto! Unas leccioncitas ¡y nada más!

—Don Román,—respondí—no hay que abatirse. Nada es eterno; los tiempos varían. . . . el mejor día. . . .

—Si, hijo mío, variarán los tiempos, quién lo duda, pero no para mí! No me queda más que prepararme para morir cristianamente. Pobrezas, miserias, hambres, contumelias, todo lo sufro con paciencia. Lo que me apena y me amarga, lo que me contrista y conturba es la ingratitud.

—No hay que abatirse, señor maestro. En cambio tiene usted la gratitud y el amor de muchos.

—¿Abatirme? ¡Eso nó!—replicó en un arranque de energía.—¡Eso nó! Nadie me verá rendido. Al contrario: altivo, con soberbia dignidad. Por eso no me quieren. Siempre que se ofrece les ajusto las cuentas á esos ingratos, á esos charlatanes. ¡Que lo diga Agustín, ese macuache, que aprendió aquí, aquí, todo lo que sabe, y que ahora está de Director, (¡yo no sé lo que podrá dirigir!) de Director de la *Escuela Nacional!* El otro día,—aquí sonrió satisfecho el buen anciano,—el otro día, publicó en *La Voz de Villaverde*, (el periódico ese que sacaron cuando las elecciones del Jefe Político), un papasal, dándosela de espíritu fuerte, de libre pensador, y yo,—el

dómine habló quedito, como temeroso de que le oyesen—¿qué hice? Tomé la pluma, y burla burlando le puse de oro y azul. Mandé á *El Montañés* tres comunicados de chupa y daca. Hijo: mi hombre vió lumbre, y gritó, pateó, rabió. Pero no escarmienta, y sigue disparatando á su gusto en esa *Voz de Villaverde* que no es voz ni cosa que lo valga, sino un papelucho asqueroso, indigno de una ciudad que, como la nuestra, es patria de tantos hombres ilustres, como el General de la Vega, y mi respetable y siempre respetado maestro el Ilustrísimo Sr. D. Pablo Ortiz y Santa Cruz, Obispo *in partibus* de Malvaria! El mejor día, luego que me deje el reuma, le largo un artículo morrocotudo, en latín, en latín crespó y ciceroniano, y entonces ya veremos, ya veremos si es capaz de entender una palabra. . . . . ¡una sola! ¡Y el otro! ¡otro que bien baila! ¡Ocaña, Jacinto Ocaña, el que vino de Pluviosilla tan sabio como un guarda-cantón, y que ahora regenta la *Escuela del Cura*? Ése no habla mal de mí en los mentideros, ni me insulta en los periódicos, ni se burla de mis canas en la botica de Meconio, nó; pero un día, en *El Puerto de Vigo*, en la tienda de mi compadre don Venancio, cuando ya se acercaban los exámenes, dijo que no quería

que yo fuese de sinodal á su escuela porque mi método es *anacrónico*. ¿De dónde habrá sacado la palabreja? Así dijo, y eso que yo le hice el discurso que pronunció el 16 de Septiembre! Yo no fui á los exámenes. El señor cura, que es persona excelentísima, me invitó; pero ¡mamola! no fui, no fui. . . . ¡Qué había de ir este pobre viejo! Ocaña vino después á darme satisfacciones, y con mil hipocresías me negó lo dicho. . . . ¡Embustero! Si yo lo supe todo por boca de Santiaguito, el hijo de mi compadre don Venancio, que es mi discípulo. El chiquillo me contó la cosa del pe al pa. Pero, hijo mío: no hablemos más de eso. Estoy muy contento; me da gusto verte tan grande! Dime: ¿has aprendido bien? ¿vas á seguir los estudios? Síguelos, síguelos, que harás buena carrera. Todavía te acordarás del latín, ¿verdad? Ya lo veremos. Vendrás, y veremos si puedes traducir una cosita que tengo guardada por ahí: una oda sáfica al Pedregoso, nuestro rojo Tiber. Te gustará, estoy cierto de que te ha de gustar!

Dieron las doce en la torre de la Parroquia, y en las demás iglesias de Villaverde. ¡Las campanas de la ciudad natal! Grave y solemne la de la Parroquia; gritonas y disonantes las del Cristo;

destemplada la de San Antonio, muy compasada y majestuosa la del convento franciscano.

Otra vez la bulla, el vocerío, el cerrar de libros y el estrépito de gavetas.

—Voy á ver á esos diablejos!—dijo contrariado el anciano—¿Me aguardas ó te vas? Mira: ven una noche; de noche estoy aquí, no salgo nunca, De noche no tengo que lidiar con el rebaño; ven y oirás la odita. Pero antes dame un abrazo! ¡Vaya, muchacho, si eres ya un hombre! Di á tus tías que por allá iré.




## IX

A la salida me detuve en la esquina unos cuantos minutos. Iba delante de mí un grupo de chiquillos que venían de la *Escuela Nacional*, alegres, parlanchines, con sus bolsas de brin en bandolera, muy cuidadosos de sus tinteros, unas botellitas tapadas con un corcho y pendientes de un hilo que los granujas se enredaban en el índice de la mano derecha. Casi á mi lado avanzaban paso á paso algunos discípulos de don Román, con el Nebrija bajo el brazo, serios, graves, orgullosos, muy pagados de su ciencia, como personas de altísimos saberes. Mientras los escolares se detenían en la esquina para aprender en la parte más llana de la acera un partido de canicas ó de burras, los latinistas del *pombo-*